

VENTA DE LUJ  
CATOS.

TRAMPANTOIOS

EVA  
DÍAZ PÉREZLA CRUZ BLANCA  
DE BÉCQUER

El poeta murió un 22 de diciembre por hacer un buen reportaje. ¿Se ha limpiado su biografía de leyenda?

**A**BÉCQUER lo mató la modernidad. O quizás su voluntad de observador de su época hasta sus últimas consecuencias. Tal vez un descuido, una mala decisión, una anécdota que resultó fatal. Quería escribir un reportaje sobre los modernos tranvías con caballo que cruzarían Madrid. Y, como buen periodista, quiso entender qué sentirían los pasajeros ante el nuevo medio de locomoción. Igual que haría años más tarde otro periodista sevillano, Manuel Chaves Nogales, con un viaje en avión en el que sufrió un aparatoso accidente que lo dejó aislado en una aldea del Cáucaso.

A Bécquer se le ocurrió ir en la terraza descubierta del novísimo tranvía. En el trayecto un mal viento cierzo se le agarró en los pulmones y le provocó una bronquitis severa. Murió poco después, el 22 de diciembre de 1870 mientras sucedía un extraño eclipse de sol.

El próximo sábado el Cicus (Centro de Iniciativas Culturales de la Universidad de Sevilla) dedica en el Teatro de la Maestranza un homenaje al poeta con motivo de su muerte. Justo ese 22 de diciembre de frío y eclipses. Allí imaginaremos con estremecimiento a Bécquer muerto en su lecho, como en el cuadro de Vicente Palmaroli, inaugurando su propia leyenda.

En los últimos años, varios investigadores han llevado a cabo una gran tarea precisamente para deconstruir la leyenda de Bécquer y descubrir quién era de verdad. Porque a Bécquer le ocurrió algo parecido a Murillo y su pátina de pintor beato y cursi que adornaba las cajas de dulces de membrillo. Bécquer era también un icono kitsch que aparecía en los billetes de cien pesetas, en vitolas, en cromos para niños o en tarjetas postales para cursis enamorados. Un Bécquer envuelto en papel de regalo romántico.

Los investigadores han depurado su obra de malezas, han barrido apócrifos y atribuciones falsas, han espantado espejismos confusos revisando una biografía llena de capítulos imaginarios. Bécquer no es sólo el poeta del amor, que lo es, como Murillo no fue sólo un pintor religioso. Ahí están sus metapoemas que lo colocan a la altura de Baudelaire, Mallarmé o Rimbaud.

Recordemos pues a Bécquer en estos días. Por ejemplo, con la leyenda de «Maese Pérez el organista» mientras en Santa Inés suena un tiento de quinto tono de Antonio de Cabezón en una Misa del Gallo de la Sevilla del siglo XVI. O buscando la cruz blanca que recuerda el lugar donde quiso ser enterrado a la orilla del río, frente al monasterio de San Jerónimo. Y allí recordar el triunfo de su memoria: «De que pasé por el mundo ¿quién se acordará?».



EL CONTRAPUNTO

ISABEL  
SAN SEBASTIÁN

## PÁNICO EN EL PSOE

A medida que crece el voto de la derecha, sube el nerviosismo de alcaldes y presidentes autonómicos, primeros en la línea de fuego

**A**CREDITADA la indignidad en la que ha caído el PSOE arrastrado por Pedro Sánchez, cunde en sus filas el pánico a que sobrevenga también la derrota. Pero no una derrota al uso, sino un hundimiento en toda regla; un descalabro municipal y autonómico de proporciones históricas, que deje a millares de cargos electos en el paro y amenace la supervivencia del partido.

No es casualidad que sea José Luis Rodríguez Zapatero quien anime en solitario a su discípulo a perseverar en la vía suicida del diálogo con golpistas y separatistas. Él fue el primero en recorrer, orgulloso, esa senda de autodestrucción que ha conducido al socialismo al pozo en el que se encuentra ahora, perdido incluso el feudo andaluz que parecía inexpugnable a la alternancia. Él eliminó en la práctica la E de «español» de las siglas, para transformar una gran organización política nacional en diecisiete pequeñas taifas ávidas por suscribir pactos con cualquier agrupación local, incluidas las que rechazan abiertamente la Constitución, con tal de ocupar temporalmente el poder territorial a costa de renunciar a los principios. Él proclamó que la Nación era «un concepto discutido y discutible». Sánchez no ha hecho más que seguir sus pasos y elevar el tiro, aupándose

hasta La Moncloa con la ayuda de unos socios a quienes se le enseñó a no hacer ascos, por repugnantes que fueran en términos democráticos. Sánchez ha resultado ser un alumno aventajado y, como no podía ser de otro modo, el maestro le impulsa a continuar, hasta el batacazo final. Al fin y al cabo, uno y otro tienen ya asegurada una jubilación dorada en el Consejo de Estado a cargo del contribuyente. ¿Qué más les da lo que pase?

Zapatero cuenta nubes, entre traición y traición a la oposición venezolana, mientras Sánchez disfruta del falcon, el coche oficial y el helicóptero. Si para ello hay que bailar el agua a quienes sacuden el árbol catalán recurriendo a la violencia urbana y a quienes recogen las nueces de esas algaradas desde el Palau de la Generalitat, se les baila. Y el que venga detrás, que arree. En eso consiste la filosofía presidencial. Claro que quienes vienen, o más bien ven venir el castigo electoral, perciben las cosas de otro modo. Presidentes autonómicos, alcaldes, concejales y demás prebostes atónitos ante el afeitado de la todopoderosa Susana Díaz ponen sus barbas a remojar, a la vez que tratan de eludir el golpe desviándolo hacia el que consideran culpable de sus desgracias; es decir, Pedro Sánchez. A medida que crece la expectativa de voto de la derecha, como reacción lógica a los abusos y ofensas del independentismo, sumados a la parálisis cómplice de la izquierda, sube el nerviosismo de los primeros en la línea de fuego, que son los candidatos a las municipales y autonómicas. Saben que alguien ha de cargar con el enfado de la ciudadanía y que, a falta de otro mejor, ellos serán los perfectos chivos expiatorios. De ahí que empiecen a surgir voces entre los del puño y la rosa pidiendo un adelanto de las generales. «Pase de nosotros este cáliz», claman. «Apúrelo el que lo mezcló, en las urnas nacionales» Si a Pedro Sánchez le importara su partido, si pensara en el bien del PSOE o el de España, escucharía esos ruegos y convocaría. Dado que a Sánchez solo le interesa Sánchez, lo más probable es que los desoiga, salvo que sea su propia gente la que le doble el brazo, movida por el terror a recibir la patada. Lo que mal empieza, peor acaba.

CAMBIO DE GUARDIA

GABRIEL  
ALBIAC

## DOBLES MISERIAS

**T**ODO es irreparable. Sobre ello se asienta el envite moral de un hombre. Y su grandeza. Y su miseria. Porque no es fácil decir en qué recordos de nuestras vidas nos equivocamos. Y por que lo es aún menos constatar que no hay error moral que podamos corregir, pues que el tiempo es irreversible. «El mal que hacen los hombres pervive», sentenciaba el clásico. Y uno no tiene más recurso que, o bien saberlo y pagar por él el precio que no se extingue nunca, o bien transferirle la deuda a una entidad trascendente que pueda revertir el tiempo. El primero, es el recurso glacial de la filosofía: no hay cura para el proceder humano, cada actuación es absoluta y eternas son sus consecuencias. En el segundo recurso, busca el creyente participar en un Dios que, por encima del tiempo, pueda restablecer la rota virginidad anímica.

Baruch de Spinoza, hacia 1670, da forma axiomática al callejón sin salida en que toda ética racional -y, por tanto, sólo humana- se aposta: «El arrepentimiento no es una virtud, o sea, no nace de la razón; el que se arrepiente de lo que ha hecho es dos veces miserable o impotente». Es miserable por lo que hizo. E impotente por el ánimo viscoso que le impide afrontar el débi-

to inextinguible de los errores cometidos. No es ésta una rareza del tan radical, tan «raro», judío español de Ámsterdam. San Agustín, en el inicio del siglo V, no plantea algo muy diferente al buscar la clave de un perdón que sólo puede asentarse sobre la intemporalidad divina, a través de la mediación de la figura, específicamente cristiana, del Dios-hombre. En ese Cristo, cuya naturaleza es al tiempo humana y divina, en el cual, pues, lo efímero y lo intemporal son lo mismo, se consuma la figura de un perdón que, por obra de esa gracia que permite participar en el mérito de la cruz, borra el pasado. Y, aun entonces, el obispo de Hipona no silencia el problema: ¿puede Dios hacer que lo que fue no haya sido? San Agustín parece sospechar que no.

No siento interés alguno por el diputado Iglesias: su mediocridad sólo es vencida por su horrenda retórica. Pero, al cabo, es mi empleado: lo son todos los diputados, que cobran de mis impuestos aunque yo no los vote. Y es mi dinero el que paga su potestad de decir sandeces que resuenan esas máquinas de entontecer, llamadas medios audiovisuales. Su pringoso arrepentimiento en comisión parlamentaria es aún más voraz, mucho más, que sus errores. Uno puede haberse equivocado gravemente en política. Si es así, explícita con claridad su error y abandona. Para siempre. No pasa nada: muchos lo hemos hecho. Y se repliega en otros territorios: la biblioteca de los que no creemos o la cartuja de los creyentes. Arrepentirse de haber perseverado en la apología de alguna de las dictaduras más abominables de nuestro tiempo y seguir viviendo del sueldo político que gracias a esa apología se alcanzó, sella un vacío moral perfecto. Pocas veces habremos visto funcionar tan puro el retrato spinozano del hombre doblemente miserable.